

# Llaverías y su centenario



**N**OVIEMBRE predispone a renovar el culto a los desaparecidos, evocando las secuencias de sus vidas y buscando algo en torno nuestro para cerciorarnos del vacío que ellos dejaron.

Noviembre le emplaza a uno para tejer melancolías alrededor del artista muerto, la figura perdida, el genio que tendió ya su última mirada sobre el mundo.

Se da la circunstancia de que el actual noviembre nos aproxima con raro vigor a la evocación y al recuerdo, por presentarse de improviso el centenario del nacimiento en Vilanova y Geltrú (10. XI. 1865) de Juan Llaverías Labró, el "pin-tor oficial" de Lloret.

Hace escasamente un par de años la figura de Llaverías fue erigida sobre el podio de TRAMUNTANA para advertir a las jóvenes conciencias de su paso, de su ejecutoria, de la trascendencia de su mensaje, motivado todo ello por aquella muerte silenciosa ocurrida precisamente aquí.

Pero hoy no vamos a recordar de nuevo los pormenores de su trayectoria artística. Dejaremos ya por aprendido —o por lo menos conocida— la lección que emana de sus pinturas y sus dibujos, tratando de redescubrir a un Llaverías profeta y apóstol de la Costa Brava.

Insisto en torno a la magnitud de una figura que supo identificarse con el paisaje, para ceñir mejor aún al mismo, el contenido de su propia obra. Porque Juan Llaverías, a con-traluz de cien años, se nos manifiesta así, enmarcado por una aureola de fidelidad: fidelidad al mar, a Lloret, a sus rinco-nes y parajes habituales, a su credo estético.

De ahí que hallen en este momento plena vigencia aque-llos versos de Paul Valéry inspirados en el camposanto de Sète, que traslado y aplico sobre la entrañable fisonomía llo-retense:

"Ce toit tranquille, où marchent des colombes,  
entre les pins palpites, entre les tombes;  
Midi le juste y compose de feux  
la mer, la mer, toujours recommencée!  
O récompense après une pensée  
qu'un long regard sur la calme des dieux!"

Se aludía antes a Juan Llaverías, según su condición de profeta y apóstol de la Costa Brava. Fue profeta y apóstol pudiendo ser bautista. Recordemos a este respecto la exposi-ción inaugurada en 1906, en la barcelonesa Sala Parés, bajo el título de "La Catalunya Grega". Lo de "Catalunya Grega", a pesar de su exactitud no cuajó. Cuajaría poquísimos tiempo

después la denominación "Costa Brava", intuida por "Pol" o Ferran Agulló.

Es necesario aclarar que la citada denominación "Costa Brava" entronca con el rotundo paroxismo de la "España Brava", estableciendo un nexo con aquella vigorosa y trepi-fante rapsodia que escribió Chabrier, titulada precisamente "España", todo lo cual no concuerda en definitiva, con la serenidad de ese fragmento del litoral catalán comprendido entre Port-Bou y el río Tordera, serenidad que, por otra par-te, preside la obra pictórica de Llaverías.

A este respecto escribió ya Gaziol palabras de decisiva importancia: "Es veu de sobres que aquesta costa és, en rea-litat, el contrari d'una veritable costa brava, si se la compara amb una de debó —com la de Bretanya, la de Cornualla, la mateixa del Nord d'Espanya, i no diguem les de Noruega o Suècia. Però a aquell sant cristià de l'Agulló li degué semblar que un nom tan mascle feia tropa..."

Pero muy a pesar de cuanto venimos anotando, el juego de palabras "Costa Brava" ha resultado de una eficacia que debe ponerse fuera de toda duda.

Sin embargo, Llaverías y su "Catalunya Grega" iniciaría a partir de aquel mismo año 1906 un largo deambular por círculos concéntricos hasta estacionarse definitivamente en Lloret (1914).

Y al recalcar en esta villa su inquieta pupila de artista pudo sorprender con rara precisión su propia intimidad, plas-mándola en sus lienzos, como pocos hayan podido hacerlo hasta hoy.

Cuando una figura de la talla de Llaverías es evocada en ocasión de su centenario, brota espontáneamente un testimo-nio de gratitud: gratitud por sus infatigables peregrinajes lo-cales en pos del Arte; gratitud por una decidida vocación, lloretense que le permitió recalcar para siempre en la villa, gratitud por la pura esencia de su obra; gratitud por su vasta tarea divulgadora, que situó el nombre de Lloret en las salas de exposición inglesas y alemanas, con medio siglo de ventaja sobre el "Spanish is different"; gratitud, en suma, por tan-tas otras cosas...

No sé si Lloret se va a acordar de Llaverías al filo de los cien años. Nuestras páginas cumplen con un deber insosla-yable al rendirle su sencillo —devoto— homenaje. Nos llenaría de júbilo comprobar que el afecto hacia los valores idos es algo más que un tópico o un mero formulismo burocrático

E. MOLERO PUJÓS